

Lecturas en clave de Budô

El elogio de la Sombra

Dueño de una obra literaria más que considerable, Junichiro Tanizaki es bien conocido por ser autor de un célebre ensayo sobre estética japonesa titulado *Elogio de la sombra*. El libro, escrito en 1933 cuando el escritor estaba cerca de la cincuentena, es una velada crítica a la asunción de las formas y modos occidentales y a la pérdida de identidad que ello propiciaba.

Aunque el recorrido que transita el autor cubre espacios tan dispares como la vivienda, el teatro, el maquillaje, el aseo, los objetos de uso diario, el color o los estados de ánimo, es la luz quien vehicula todas y cada una las ideas que Tanizaki desarrolla en su trabajo con extraordinaria claridad.

Elogio de la sombra es un compendio de principios estéticos que resulta de mucha actualidad si acertamos a observar cómo, ciertamente, los usos del mundo moderno han ido suplantando pautas de comportamiento, maneras de relacionarnos, entornos en los que desempeñar la vida diaria o expresiones del arte. Nada escapa a esa coyuntura que el escritor sabe poner de manifiesto en las páginas de su ensayo. Tampoco las Artes Marciales han sido capaces de sortear estos avatares y heridas con mayor o menor gravedad en su esencia más íntima han sucumbido a la estridencia, la masificación, el apriorismo y el neón, ése del que emana la luz cegadora que tan bien supo reflejar nuestro autor y ante lo cual nos advirtió con vehemencia.

Junichiro Tanizaki nació en Tokyo en 1886 en el seno de una familia acomodada. Desde muy joven sintió interés por la literatura. Comenzó escribiendo poesía, piezas de teatro y cuentos, para publicar posteriormente novela. Muy atento a las corrientes literarias occidentales, dio un giro a sus preferencias regresando a sus orígenes. Contemporáneo de insignes como Kawabata o Mishima, fue autor de obras de gran altura, tales como: *Hay quien prefiere las ortigas*, *La llave* o *Retrato de Shuskin*. No obstante, fue tal vez su *Elogio de la sombra* el libro que le reportaría mayor eco entre los lectores occidentales.

Uno de los aspectos más notables de la estética japonesa es la discreción. Tanizaki explica este elemento tan imbricado en el seno de su cultura a través del efecto de la luz. Es a partir de su incidencia, de cómo modifica nuestra vida cotidiana según tenga una u otra dirección o contenga una u otra naturaleza, que la resultante invitará al sosiego o la inquietud, la introspección o la dispersión, la calma o la intranquilidad. De esta forma, dependiendo del tipo de luz que la penetre, una habitación de interior decorada con *tokonoma* se convertirá en una pieza capaz de guardar la intimidad familiar, un lugar donde hacer posible la reflexión y encontrar el

vínculo con el mundo espiritual o, contrariamente a ello, se transformará en una estancia sin misterio alguno cuyo secreto, velado por la intensidad lumínica, acabará difuminado, alejado, desapareciendo de ése que debía ser su refugio mejor guardado.

¿Tan determinante es la luz para el estado de ánimo, que tiene la facultad de sosegar el espíritu o inquietarlo, pudiendo convertir la propia vivienda en incómoda, agresiva o desafiante? Tanizaki se pone en la piel de un paciente japonés ingresado en el interior de una clínica o un hospital, invitando a que sean los tonos suaves y oscuros los que decoren las paredes de las habitaciones, los uniformes de los sanitarios e, incluso, el material médico.

El autor nos detalla acerca de los tejados y de cómo el alargamiento de los aleros tiene una función similar a la expuesta anteriormente: preservar el interior de la vivienda del ataque indiscriminado de la luz. Contrariamente a lo que sucede en las estancias occidentales, las casas tradicionales y templos de Japón quedan aplastados bajo la superficie de grandes estructuras que no hacen sino alejar hacia adentro la intimidad, como queriéndola separar de la luminosidad, para preservarla celosamente de las miradas indiscretas.

Los ejemplos se suceden y el autor detiene su reflexión en múltiples detalles: ceremonia del té, cocina japonesa -que se mira, más que comerse-, bandejas lacadas, tofu, arroz o sopa de mijo. No quedan en el olvido las artes escénicas, poniéndose de relieve el colorido de las ropas de los actores de teatro Noh y Kabuki, las marionetas del Bunraku, el maquillaje, la naturalidad del gesto o la iluminación del escenario.

Cuando Tanizaki afirma que la iluminación desproporcionada mata la belleza, quiere transmitirnos una idea: si algo está tan a la vista, si la exposición es tan completa, si no hay espacio para la adivinación, la imaginación, la sugerencia, si no se practica el “*sutil toque de omisión*”, entonces se rompe la fascinación y el misterio. La penumbra, en este sentido, será un contrafuerte ante la falta de escrúpulos de la que participa la luz. En efecto. Mientras que Occidente reclama claridad para relacionarse con celeridad, Japón demanda zonas umbrías, jardines brumosos, más opacidad para transmitir, desde la sombra, su más preciada intimidad.

Transcurridos noventa años desde la publicación de *El elogio de la sombra*, el desarrollo industrial y el progreso tecnológico han conducido al mundo a un escenario muy distinto de aquel otro que hubiera deseado Tanizaki. En este nuevo paisaje todo ha quedado a la intemperie. El acceso es inmediato y está sujeto al *clic* de una tecla de ordenador. Las distancias se han acortado a tal extremo que todas ellas son perfectamente sorteables. Tampoco el arte es una isla exclusiva: el dinero todo lo compra. Las Artes Marciales tradicionales fueron hasta hace algunas décadas un reducto de cultura donde los tiempos estaban marcados, la iniciación la dictaminaba un protocolo de admisión, la enseñanza se entregaba a cambio de compromiso, las relaciones se mantenían de por vida y las escuelas servían como punto de encuentro para

el aprendizaje, la socialización y el fortalecimiento de los lazos de amistad. Esta educación, surgida de la *sombra*, está hoy lejos de observarse. En nuestro tiempo no hay distinción entre *omote* y *ura*, dos conceptos antes antagónicos que en la actualidad han dejado de diferenciarse formando una sola palabra. Aquello que un día estuviera alejado de la estridencia de la luz, componiendo el universo secreto del *ryû -oku-* aparece hoy manifestado sin escrúpulos, comprado y vendido, manoseado y malogrado bajo el foco radiante de los tiempos que todos vivimos.

Como le sucediera al gran escritor, que añoraba llegar al apartado lugar del monasterio de Sama para disfrutar del *tsukimi*: la contemplación de la Luna llena del decimoquinto día del mes de septiembre. Llegado al que había sido su refugio espiritual encontró allí una sucesión de bombillas eléctricas colgadas a modo de guirnaldas colocadas para favorecer el tránsito de los viandantes, pero matando, del mismo modo, el recogimiento, la introspección espiritual y la discrecionalidad que él había experimentado desde los tiempos de su infancia.

Shibumi